

Crónicas de viaje, de José Ingenieros

La crónica de viajes es un género que se escapa de la literatura para ser una consecuencia o una fijación del deslumbramiento. Nace cuando de pronto alguno distingue hechos inconcebibles y realidades inauditas hasta el momento anterior, que son nuevas no tan sólo para él sino también para los otros. Al deslumbramiento sucede una urgencia en la transmisión que exige ser escrupulosa y verídica, detallada y amplia. Por ella, los demás sabrán cómo es esa realidad que se abre ante uno de los suyos, sentirán un poco la fuerza de la revelación. Este sentido de la crónica está bien probado en la historia del mundo, desde César a Ulrico Schmidl pasando por Marco Polo. Con éste, sin embargo, el viaje, que para los otros era solamente instrumental, se convierte en objetivo. Los otros iban a la guerra o a la conquista y de paso establecían el registro de las novedades; Marco Polo *hace un viaje* sin otra finalidad que ver cómo es eso tan lejano y de lo cual se oyen decir tantas cosas. Claro que de paso hará un poco de comercio, pero lo esencial es que su objetivo está predeterminado y consiste expresamente en ir a observar para referir en seguida, habida cuenta de que los demás han puesto confianza tanto en su capacidad de observación como de relación.

De aquí parten dos líneas que se continúan en los tiempos hasta que una de ellas se agota y la otra se degenera. La no instrumental, una vez que todo ha sido conocido, no tiene más razón de ser: no hay más mundos ni gentes inauditas, no hay más revelaciones ni descubrimientos, en consecuencia no tiene mayor sentido seguir describiendo lugares que de un modo u otro todos conocen. La otra, a medida que no se encarga más a nadie que vaya a visitar un lugar para refe-

rinos cómo es porque su objetividad ya no nos hace falta, se altera en su sentido y se convierte no en el relato de lo que el lugar y la gente visitada son, sino en la historia de lo que nos ha sucedido a nosotros como primeros personajes en los lugares visitados. Porque nuestras experiencias tienen cierto valor para nosotros, nos parece interesante hacerlas conocer a los demás, pero como se sabe ya que en el fondo a nadie le importa, recreamos el material, le soslayamos el aspecto descriptivo y cognoscitivo para hacerle resaltar su costado literario o analítico. A menos que la crónica declare otro carácter y otra pretensión, ateniéndose a éstos con abandono de toda personalización y sin ambigüedades literarias. Esto es posible aun actualmente, donde se encarna en una forma del periodismo que interesa sólo en y a los diarios o eventualmente, y por razones de momento, en libros, como por ejemplo las notas de Pierre Gascar sobre la China comunista o las de Lazareff sobre la U.R.S.S. Si algunos persisten todavía en hablar de lugares sin intención divulgatoria, ya han abandonado totalmente las ilusiones de creer que estaban ilustrando. La crónica, como *Voyage en Italie* de Jean Giono, se agrupa decididamente en la literatura y campea junto a la poesía o a la novela: es una pura creación.

El hecho de citar nombres contemporáneos como exponentes de lo que se hace y puede hacerse en este género, no excluye a Ingenieros de una desubicación que invalida su olvidable volumen. No hay tanta distancia ni diferencia entre su tiempo y el actual como para pensar que entonces tenía vigencia un género y un tono que ahora carecen de realidad.

La molestia que produce la lectura de esta obra reside sobre todo en la actitud con la que encaró Ingenieros no tan sólo sus notas sino también su viaje. Esa postura mental puede interpretarse como una reacción de época en un hombre del talento de Ingenieros, aunque una actitud análoga tiene actualmente desdichado curso en la clase más lamentable de viajeros que pueda darse: los turistas. Es un espíritu compuesto de vanidad, suficiencia y filisteísmo. Su mejor disposición consiste en exigir pruebas de la sugestión o de la belleza o de la cultura de los lugares: exigen ver el fantasma de Hamlet cuando llegari a Elsinor. Si no lo consiguen se van afirmando que Elsinor no vale la pena, que son cuentos todo lo que se afirma acerca de su valor. Ellos lo pueden decir porque han estado. Sin intentar reducir totalmente a Ingenieros a esta categoría de advenedizos se ve con decepción que su actitud no es esencialmente muy diferente, aunque motivada por otras razones.

Lo que en los otros es la incapacidad del conformismo burgués,

en él es el producto de la satisfacción de pertenecer a un mundo casi perfecto que había descubierto la psicología experimental y que había ajusticiado la metafísica por inocua, dañina y primitiva. Es la adquisición y la profesión del positivismo lo que se encuentra en la base de esa disposición que, ligeramente grotesca (en su lado negativo) en otras partes, en nuestras latitudes lo es en grado superlativo. Esto no quiere decir que todo el positivismo haya sido nefasto o negativo. No se trata aquí de considerar como tampoco de juzgar al positivismo. Lo que se puede señalar como hecho curioso es el sentimiento tan especial que provocó en los hombres que vivieron el momento de su auge. Todos participaban de la confianza en la ciencia, todos creían que del abandono de la religión y la metafísica, del culto a lo útil y limpio surgiría la felicidad para el género humano. El alma humana era puesta todos los días sobre la mesa operatoria de hábiles cirujanos que opinaban luego brillantemente en los congresos sobre sus resortes y sus límites. Los sentimientos estaban fichados y fijados porque se creía en la eficacia del conocimiento de las hormonas. La idea del cuerpo como mecanismo surge de allí porque se está en éxtasis frente a la infalibilidad de los mecanismos y el conocimiento de éstos lo permite todo. Mediante esta asimilación, el cuerpo deja de ser un problema insoluble o por lo menos difícil. Y así la cultura, la civilización, la educación, el arte y todo lo demás.

Con este bagage que hace de contrapeso y lastre, Ingenieros afirma que en Venecia no pasa nada. Hay, sí, algunos Tintoretto y Canaletto y edificios renacentistas de valor innegable, pero que se encuentran también en otras partes, especialmente en museos y aun en las colecciones privadas de los hombres cultos. Pero, en cambio faltan inexcusablemente edificios modernos, no hay instalaciones sanitarias, no hay donde ir. ¿Qué pueden haber visto los románticos en ese damero fluvial de inmundicia? Sagazmente adivina que nadie quiere confesarse la decepción y que por esa razón hipócrita el entusiasmo se multiplica. Naturalmente no menciona siquiera las detestadas iglesias bizantinas ni los mosaicos, el Lido le parece una playa insignificante inferior a la más miserable de las arenas sudamericanas. Sin llegar a exigirle que debiera haber sentido que la vida de las ciudades es apenas intuible por los merodeadores, se lo puede acusar de carencia de sensibilidad artística por causas de postura ideológica, por prejuicios filosóficos que llegan hasta a cegarlos. No menciona una sola de las iglesias que no pudo dejar de ver puesto que están por todas partes, imponiendo su piedra a los lugares y a los hombres. Ingenieros consideró indecoroso mirar San Marcos, dejó de lado Notre-Dame de

Paris, ignoró la catedral de Colonia, no vió los primitivos toscanos ni el románico español sólo porque provenían de ese detestado período de la humanidad que se llama Edad Media y cuyas oscuridades todavía deprimen a los espíritus positivos.

Su mejor disposición, su prejuicio favorable es para la ciencia y sus trabajos. También allí reside su mayor deslumbramiento, lo más concreto de su viaje. Todo lo encarará científicamente. Teoriza sobre el amor explicándose por desarreglos del sistema nervioso; estudia crímenes no improvisadamente como se hacía antes, sino provisto de la nueva ciencia: la criminología, de cuya infalibilidad no duda. No en vano cambió impresiones con Lombroso, Ferri y muchas otras notoriedades. De a ratos, con todo, su optimismo sobre nuestro tiempo se va al demonio arrojado de sus aposentos por los manes de Gobineau, Chamberlain, etc. Para él, es un hecho que los negros son de una raza inferior puesto que no han podido demostrar lo contrario. Las condiciones seculares de la vida de esta gente le resultan débiles argumentos en contra de la afirmación sobre todo porque una vez más el razonamiento le sirve para hacer surgir su satisfacción por vivir en un momento tan inteligente y tan avisado del mundo. Alguna línea se salva, pese a todo, donde la ciencia empírica no tiene nada que hacer y donde no actúa con el aplomo de la gente que lo ha resuelto todo. O quizá porque en este aspecto se encuentra lo más válido con que cuenta: la interpretación de la historia. En este sentido, su comprensión del imperialismo y su visión de lo que el roce de esas enormes fuerzas acarrearía, es aceptable y lo reivindica. Pero es muy poco frente al caudal de despropósitos y limitaciones en que incurre sin remisión. Total incapacidad psicológica, total insensibilidad histórica, total incompreensión estética. Estos cargos condenarían a cualquiera a un olvido irreparable. Ingenieros se salva porque es esta una de sus obras menos importantes y porque su verdadera obra es la de su persona y su conducta, la de su actuación y sus trabajos, la del lado concreto del positivismo que reside en la tarea y la iniciación y no en el liviano sentimiento personal de identificación con la época y consecuente satisfacción.

Es curioso comprobar al mismo tiempo la existencia de un extraño espíritu que domina la mentalidad de nuestras clases cultas durante el "Régimen". Es como si los ideales se hubieran limitado y todos debieran recurrir a ellos para tener una carta de ciudadanía cultural, porque de ese espíritu participan los venidos de todas partes del ámbito cultural. Un socialista tardío como Ingenieros tiene el tono y la soltura de cuerpo de un reaccionario como Cané. Uno y otro están ale-

jados y son lejanos al hombre medio argentino como nunca lo ha estado "l'homme illustré" del hombre del pueblo. ¿Será el rigor del método positivista lo que provocó la fractura? Tal vez más bien el contenido de esa mentalidad que se contentaba y satisfacía con su novedosa visión del mundo mientras la gente de la calle no podía ni soñar con ese confort. En esa misma época de delicia intelectual el pueblo se manifiesta de la manera lo menos feliz que se pueda imaginar. No comprende el lenguaje que habla la clase ilustrada y sólo recibe de ella lo que ésta le ofrece concretamente (y ocasionalmente) en forma de defensa legislativa (no demasiada) o de apoyo a las luchas en que está empeñado sin muchas esperanzas. Si se piensa que son los anarquistas quienes hacen el telón de fondo de la época y la cortina musical, se comprende el alejamiento y la provisoriedad de esa cultura que ya se sentía heredera de la europea y capaz de competir con ella para superarla en su propia línea.

Para reencontrar este disloque, el libro de Ingenieros "Crónicas de viaje" (1905), sirve perfectamente.